ANTONIO VIÉRGOL

A las puertas de la dicha

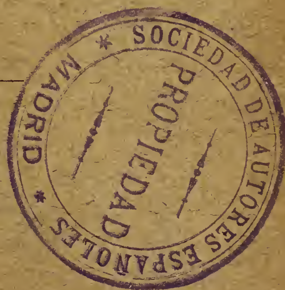
ENSAYO DRAMÁTICO

en un acto y en prosa, original

escrito expresamente para

LORETO PRADO





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

Á LAS PUERTAS DE LA DICHA

Á LAS PUERTAS DE LA DICHA

ENSAYO DRAMÁTICO

en un acto y en prosa, original

escrito expresamente para

LORETO PRADO

POR

ANTONIO VIÉRGOL

Estrenado en el TEATRO MODERNO el 20 de Marzo de 1905



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1905

A LA EMINENTE

Loreto Prado

Por tí y para tí lo hice; justo es que, también, te lo dedique.

Obtuviste un éxito colosal, maravilloso; no lo digo yo; lo dicen los respetables críticos de todos los periódicos madrileños (menos el de Diario Universal, *la verdad en su punto) cuyos juicios, aun los de aquellos que me son adversos, copio á continuación de la obra como indiscutible y unánime testimonio de tu triunfo.*

Para que lo obtuvieras la escribí; para que nadie dudase de la sublime elasticidad de tu genio prodigioso. Estoy satisfecho.

En otro país tendrías coche, palacios, riquezas; aquí sólo puedes tener respeto, cariño, admiración.

¡Quién sabe si valen más!

Sería injusto si no se la dedicase también al amigo de mi niñez Enrique Chicote, que al adivinar tu triunfo en la lectura dió una prueba más del claro talento que como director de escena ya le van reconociendo hasta sus más encarnizados enemigos.

Os quiere de veras,

Antonio Viérgol.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ADELITA (con traje de novia)....	SRTA.	LORETO PRADO.
DOÑA ASUNCIÓN..............		FRANCO.
DOÑA DOLORES...............	SRA.	CASTELLANOS.
MATILDITA.....................	SRTA.	SIGLER.
ELENITA.........................		GIRÓN.
MARÍA..........................		ROBLES.
DON JUAN.....................	SR.	CHICOTE.
FERNANDO.....................		VALCÁRCEL.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante. En el centro del foro mirador de cristales. Primera izquierda puerta que comunica con el recibimiento, primera derecha otra que conduce á las habitaciones interiores. Entre el mirador y la primera derecha un espejo de cuerpo entero. Primer término izquierda sofá y primero derecha una butaca.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ASUNCION, á su derecha MATILDE y á su izquierda ELENA; las tres sentadas y MARIA de pie

ASUN. Pero ¿qué nos dice usted?

MARÍA Lo que ustedes oyen, señoritas; el médico, al verla, torció el gesto y luego se encerró con el señor en el despacho y estuvieron hablando más de una hora, y cuando salieron sacaba el señor una cara que parecía un muerto.

ASUN. ¡Bah! Cosas de los médicos que son muy alarmistas.

MAT. Si fuera grave no se hubiera quedado tan campante como dice usted que se quedó después del accidente.

MARÍA Porque ella es una pólvora y siempre está alegre como unas castañuelas; pero yo no sé lo que la noto desde ayer, que vamos, no me parece la misma.

ELEN. ¿Está más triste?

MARÍA Al contrario; si ella no le ha dado importancia ninguna. Esta misma mañana se burlaba de lo ocurrido, y decía que no le contasen nada al señorito Fernando para que no la llamase cursi.

ASUN. ¿Lo ve usted? Esos accidentes en vísperas de boda son muy comunes en las muchachas; á mí también de soltera me daban, y desde el día siguiente de casarme, no volvieron á repetirme, ¿verdad, niñas?

MAT. Pero mamá, ¿qué sabemos nosotras?

ASUN. ¡Ay, sí! hijas mías; no sé lo que me digo.

MARÍA Pues algo habrá, señoritas; porque el señor y la señora están angustiadísimos, y yo les he sorprendido dos ó tres veces llorando. En particular, la señora ha perdido en veinticuatro horas diez años de vida.

ASUN. Pues hacen muy mal, porque van á concluir por meter á Adelita en aprensión.

MARÍA Ellos dicen que es por la boda. ¡Como es hija única y siempre ha estado tan mimada!

ASUN. Si tuvieran dos como yo, no les valdría esa disculpa.

MAT. ¡Mamá, por Dios!

ASUN. Hijas, me teneis sacrificada... ¡Cuándo os casaréis!

ELEN. ¡Por Dios, mamá!

MARÍA A mí no hay quien me quite de la cabeza que están así los señores por lo que les ha dicho el médico.

ASUN. Pues trabajo les mando si van á hacer caso de todo lo que les digan los médicos. Tres veces han dado por muerto al padre de éstas y ahí está que no lo mata el Guerrita.

MAT.
ELEN. } ¡Mamá!...

ASUN. Es una figuración. Vais á acabar por obligarme á que no abra la boca y lo diga todo por señas.

MAT. No mamá, que sería muchísimo peor.

MARÍA Voy á avisar á los señores, que están ustedes aquí. Pero no se den ustedes por enteradas de nada de lo que les he dicho.

ASUN. Pierda usted cuidado. Si nos lo cuentan nos haremos de nuevas.

MARÍA Vendrán al momento.

ASUN. Por nosotras que no tengan prisa.

MARÍA Es que acaba de venir la modista con el vestido de boda y se lo está probando.

MAT. (Con mucho interés.) ¿Es blanco ó negro?

MARÍA Negro, señoritas. (Mutis María primera derecha. Durante la anterior escena, Matilde y Elena se han asomado dos ó tres veces por el mirador.)

ESCENA II

DICHAS, menos MARÍA

MAT. ¿Lo has oído? Negro, negro. Viene por mí.

ELEN. No, señora, que yo dije que si el vestido de Adela era blanco, venía por tí.

MAT. No, que escogí yo el negro.

ELEN. Fuí yo tramposa. (Siguen las dos dando voces.)

ASUN. Pero, ¿qué es eso, niñas? ¿Quién es el que viene?

MAT. El pollo que nos ha seguido desde el tranvía.

ASUN. ¿Y lo estáis jugando á la suerte como si fuera un pollo con tomate?

ELEN. Es que como vamos las dos juntas no sabemos por cuál de las dos viene y hemos apelado al oráculo. Si el traje de Adelita era blanco es que viene por esta, y si es negro por mí.

MAT. Al revés. (Siguen disputando.)

ASUN. (A Elena.) Que hagas tú esas majaderías no me extraña, porque al fin y al cabo eres hija de tu padre, pero que las haga esta...

MAT. (Con asombro.) Mamá, ¿qué dices?

ASUN. Quiero decir que tú no habías sacado, hasta ahora, todas esas majaderías y supersticiones de tu padre que se pasa la vida con el *Oráculo de Napoleón* en la mano y en cuanto ve tres curas juntos por la calle ya está haciendo un nudo en el pañuelo, porque según él dice, anuncian regalo.

ELEN. Pues le habrán hecho muchísimos, porque curas no faltan.

ASUN. Lo que ha hecho es destrozarme todos los pañuelos. ¿Y quién es ese muchacho? ¿Le conocéis?

MAT. Es la primera vez que nos sigue.

ELEN. A mí por las varillas del abanico me ha salido que es rico y que viene á casarse.

ASUN. Así me estropeas tú los abanicos como tu padre los pañuelos.

MAT. Pues á mí, por el color de las ruedas de los coches, me ha salido todo lo contrario.

ASUN. Verás cómo las ruedas tienen razón.

ELEN. De todos modos procura hacer la visita corta, no sea que el muchacho se canse de esperar.

ASUN. ¿Pero está en la calle?

ELEN. Seguramente, porque cuando entramos sacaba la petaca.

MAT. Y la lleva de plata lo mismo que la fosforera.

ASUN. Pues ahora tenéis ocasión de ver por cuál de las dos viene.

ELEN. ¿Cómo?

ASUN. Asomándoos al balcón una después de otra y él se insinuará con la que sea.

MAT. No: no me fío de ésta, que así me quitó un novio y cuando regañó con él me confesó que la había confundido conmigo.

ASUN. Y qué más da, mujer; entre hermanas no hay cumplimientos.

MAT. Además, ¿cómo quiere usted que nos distinga desde un tercer piso con entresuelo yendo vestidas lo mismo?

ELEN. Ya te hemos dicho que es muy cursi hacer á las hijas los trajes y los sombreros iguales.

ASUN. Será todo lo cursi que queráis, pero es más económico.

MAT. (Que ha ido al mirador.) ¡Si no se le ve! ¡Como la calle es tan estrecha! (Se sube en una silla dentro del mirador.)

ELEN. (Subiéndose en la misma silla.) ¿Se habrá marchado?

ASUN. ¡Pues no se fían de lo que dicen las varillas de los coches y el color de las ruedas de los abanicos!... ¡Uy, no sé lo que me digo! Estas chicas me van á volver loca. ¿Qué, no parece? (Coge otra silla y se sube también en ella mirando á la calle por encima de Elena y Matilde.)

ELEN. Se habrá cansado de esperar.

MAT. Pues hija; ya podía suponer que estamos de visita, y que en una casa extraña no es tan fácil asomarse á los balcones. (Subrayando la frase.)

ASUN. ¿Y él qué sabe?

MAT. ¡No lo ha de saber, si veníamos diciéndolo alto en el tranvía para que lo oyese!

ASUN. ¿No es aquél que pasa por debajo del farol?

ELEN. ¡Mamá! si quien pasa es una mujer con un cántaro.

ESCENA III

DICHAS y DON JUAN

JUAN (Mirando por todas partes.) ¿Pero dónde se han metido estas señoras?

ASUN. (Bajando precipitadamente de la silla.) ¡Niñas, don Juan!

JUAN ¿Qué tal, doña Asunción?

ASUN. ¡Ay, usted me dispensará, pero las mujeres somos muy curiosas!

JUAN Nada de eso, señora. Están ustedes en su casa. ¿Qué, algún oso de esos que bailan?

ASUN. ¿Que.. bailan?

MAT. Eso, sí, señor; un oso.

JUAN Son muy divertidos.

ASUN. (¿Si lo dirá con segunda?)

JUAN ¿Y estos pimpollos? Cada vez más guapas.

MAT. Gracias, don Juan.

ELEN. Muchas gracias.

ASUN. Vamos, que usted no tiene más que una, pero vale por dos.

JUAN (¡Pobrecilla!) ¿Queréis iros con ella? Está allí en su cuarto con la modista. (¡Pobrecilla!)

ELEN. ¡Ay, sí, vamos!

ASUN. (¡Cuidado conque os deis por enteradas de lo que nos ha dicho la doncella!)

ELEN. Hasta ahora, don Juan. (Mutis derecha.)

MAT. (A doña Asunción.) (Mira bien lo que hablas, que te quedas sola.) (Mutis derecha.)

ESCENA IV

DOÑA ASUNCIÓN y DON JUAN

JUAN (¡Me da tristeza ver á estas muchachas!) (Viéndolas salir.)

ASUN. Ya van tan contentas. Adoran á Adelita. Es un ángel.

JUAN Un ángel, sí, señora, un ángel, y los ángeles huyen de este mundo.

ASUN. ¿Pero qué le pasa á usted?

JUAN ¡Ay, doña Asunción! ¡No sabe usted la desgracia tan grande que nos aflige!

ASUN. ¿Desgracia? (Debe ser lo del accidente.)

JUAN Y enorme, amiga Asunción; la más cruel, la más terrible de cuantas pudieran afligirnos.

ASUN. ¿Pero qué dice usted?

JUAN Que Adela, nuestra querida hija, está herida de muerte.

ASUN. ¿De muerte? Don Juan, usted ha perdido el juicio.

JUAN Desgraciadamente, no, pero lo perderé; hay momentos en que parece que voy á volverme loco; en que quisiera matar, suicidarme, no sé.

ASUN. ¡Ay, me deja usted turulata!

JUAN Si es enorme é incomprensible. Si ella no fuera una criatura inocente, si su madre ó yo tuviéramos algún grave delito que purgar, creeríamos que se trataba de un castigo de Dios. Dudo que pueda haberle mayor para los réprobos.

ASUN. ¿Pero no dice usted que está con la modista? ¿No se encuentra en estos momentos buena y sana?

JUAN Aparentemente, sí, doña Asunción; ¡pero lleva la muerte dentro! ¡Desdichada!

ASUN. No lo comprendo.

JUAN Ayer, al regresar con su madre de unas compras, se sintió repentinamente indispuesta.

ASUN. No sabía nada

JUAN Opresión en el corazón, un dolor agudísimo en el cuello, y á lo largo del brazo izquierdo, como si se lo troncharan.

ASUN. Nervioso.

JUAN Eso creímos todos; pero de repente le dió un ataque de disnea, se quedó desvanecida y cayó al suelo sin sentido como herida de un rayo.

ASUN. Histérico, don Juan, histérico. Conozco la marca.

JUAN Cuando llegó el médico, ya se la había pasado; la pulsó, la auscultó, la examinó detenidamente y aquí entra lo horrible.

ASUN. Sí, hijo, sí; en entrando un médico en una casa, entra lo horrible; yo les tengo una inquinia atroz. Tres veces han dado por muerto á mi marido, y que si quieres.

JUAN Me llevó al despacho, y me dijo que se trataba de una angina de pecho.

ASUN. De eso ha muerto una amiga mía, la de Revuelta, debe usted conocerla.

JUAN De eso morirá Adelita. La repetirá hoy, mañana, dentro de un mes, cuando sea; pero la repetirá y morirá. ¡Pobre hija mía!

ASUN. No haga usted caso, no repite; la de Revuelta murió al primer ataque, y era una mujer que no cabía por esa puerta.

JUAN Sí, doña Asunción; repite, repite. Me lo ha explicado al detalle, he comprobado todos los síntomas, he visto la muerte con mis propios ojos.

ASUN. Le digo á usted lo que le dije á la doncella cuando me lo contó. Trabajo les mando si van á hacer caso de todo lo que digan los médicos.

JUAN ¿Pero la doncella lo sabe?

ASUN. No... lo del accidente. (Por poco lo estropeo.)

JUAN Por Dios, que no se sepa, que no llegue á oídos de Adelita. La menor emoción podría precipitar la catástrofe. ¡Hija de mi alma!

ASUN. Pero, ¿y la boda?

JUAN Imposible; sería un crimen. He llamado á Fernando para decirle lo que hay, para ver lo que hacemos.

ASUN. Pero, ¿no sabe nada?

JUAN Nada; precisamente la dejó momentos antes de darla el ataque. ¡Pobres hijos! ¡Cuando se las prometían tan felices! Horrible, horrible. (Apoya la cabeza en las manos.)

ASUN. Vamos, don Juan; desesperándose no se adelanta nada.

JUAN Me vuelvo loco, tener encima que ocultar nuestra pena, que ahogar nuestras lágrimas.

ASUN. ¿De modo que se suspende la boda?

JUAN Es lo primero que ha recomendado el médico.

ASUN. ¿Y cómo? ¿Qué disculpa van ustedes á dar á Adelita que la satisfaga?

JUAN No sé, señora; ¿qué haría usted en mi lugar?

ASUN. ¿Yo? Casarlos.

JUAN ¡Casarlos!

ASUN. El matrimonio es la medicina de casi todas las enfermedades de las solteras.

JUAN Pero, ¿y el médico?

ASUN. La ciencia y el amor, afortunadamente, nunca se pondrán de acuerdo.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA DOLORES

ASUN. (Se levanta y sale al encuentro de doña Dolores que viene por primera derecha.) ¿Qué tal, señora?

DOL. (Abrazándola y llorando.) Ya le habrá contado á usted Juan la desgracia que nos ocurre.

ASUN. Nada, señora, nada; no se aflija usted, ya verán ustedes cómo no es nada.

DOL. ¡Pobre hija!

JUAN (Disimulando mal el llanto.) Mujer, ten resignación, ten fuerzas. ¿No ves cómo yo me contengo?

ASUN. Lo que van ustedes á conseguir es que ella se entere y se meta en aprensión y enferme de veras.

DOL. ¡Pobrecilla! La hemos hecho creer que lloramos porque se casa.

ASUN. Sí, pero ya tanto, tanto, aunque sea hija única y esté muy mimada la va á salir de ojo.

DOL. ¿Y qué quiere usted que hagamos?

ASUN. En primer lugar no hacer caso del médico y en segundo lugar serenarse, porque con llorar y llorar no se adelanta nada. ¡Dios es grande!

JUAN Es grande, sí; grande en el dolor, en los trabajos, en los sufrimientos.

DOL. Ni implorar podemos su divina gracia. Me va usted á hacer un favor, amiga Asunción.

ASUN. Con mil amores.

DOL. Me va usted á hacer el favor de poner en su casa un altar á la Purísima y encenderla unas velas en mi nombre. Yo la daré lo que haga falta.

ASUN. Señora, por Dios; los auxilios de la religión se prestan mutuamente.

DOL. Aquí no se puede hacer nada; la chocaría á la pobre.

ASUN. No faltaba más; las amigas son para las ocasiones.

DOL. He ofrecido también un hábito de los Dolores por todo lo que me resta de vida, si Adelita no tiene más ataques.

ASUN. Perfectamente.

DOL. ¿Le parece á usted que debería hacer también una novena á San Expedito?

ASUN. Mire usted, la verdad, San Expedito ha caído mucho de moda. En casa nos ha dado muy mal resultado. Hace ya un año que le tienen las niñas castigado cabeza abajo.

DOL. ¿Por qué?

ASUN. Ya puede usted figurárselo. Cosas de muchachas.

DOL. ¡Ay! Yo no sé que hacer, doña Asunción, porque el Señor nos la conserve.

JUAN Mujer, no te angusties de ese modo que puede venir y ya sabes que el médico ha dicho que no sufra la menor emoción.

ASUN. ¿Y van ustedes á suspender la boda?

DOL. ¡Pobres hijos!

JUAN No sé, señora; no se qué vamos á hacer; á morirnos á volvernos locos. (Se oye un timbre.)

ASUN. Serénense, que han llamado.

JUAN Debe ser Fernando; le cité á esta hora.

DOL. ¡Ay! ¡Yo no tengo valor para verle! ¡Hija de mi alma!

ASUN. (Llevándose á Dolores.) Vámonos, vámonos con las chicas. Ya verán ustedes como todo termina en histérico. (Mutis las dos derecha.)

ESCENA VI

DON JUAN y FERNANDO

JUAN ¿Y qué le digo yo á este muchacho?

FERN. (Entrando.) ¿Qué tal vamos?

JUAN Bien, Fernando.

FERN. ¡Qué! ¿No está concluído el traje de Adelita para mañana? ¿Ocurre alguna novedad?

JUAN No, es que...

FERN. Pero, ¿qué le pasa á usted? ¿qué sucede?

JUAN (No sé cómo empezar.) Es que... Adela...

FERN. ¿Está mala?

JUAN Sí.

FERN. ¿Qué tiene? Voy á verla.

JUAN (Deteniéndole.) Espera, muchacho, si ella no lo sabe, si está tan alegre y tan campante como siempre.

FERN. ¿En qué quedamos? ¿Cómo se puede estar bueno y malo a un mismo tiempo?

JUAN Mira, hijo mío; es que ayer á poco de tú dejarla la dió un accidente.

FERN. Eso no tiene importancia. La emoción, el ajetreo de estos días. Como s tan nervicsa...

JUAN Sí, hijo mío, sí; desdichadamente la tiene.

Ese accidente ha sido, según el médico, el primer ataque de una enfermedad de muerte; el anuncio de una gran desgracia.

FERN. ¡Mi Adela morir! ¡Eso no puede ser!

JUAN No debía ser, pero es.

FERN. Quiero verla.

JUAN (Deteniéndole.) Si la verás, hijo. Si hablarás con ella; está levantada y tan contenta; más contenta que nunca, como si tratara de engañarse á sí misma.

FERN. ¿Pero qué horrible enfermedad es esa que sin minar su existencia, tan cruel, tan traidoramente nos la arrebata?

JUAN La angina de pecho. Dios no quiere que seais felices, que lo seamos todos.

FERN. ¡Oh, no, Adela no morirá, no morirá...

JUAN ¡Por Dios, Fernando, por lo que más quieras, ¡por ella! resígnate; mira que la menor emoción, el más ligero sobresalto puede privarnos de ella! ¡Que esté al menos todo el tiempo posible entre nosotros!

FERN. ¿Y qué vamos á hacer?

JUAN No sé, hijo mío, no sé; para mayor crueldad tenemos que soportar sobre nuestro dolor el martirio de disfrazarlo. Es necesario suspender la boda.

FERN. ¡Suspender la boda! ¡Eso nunca!

JUAN El médico lo ha dicho; es un grave peligro. Podría el desposorio convertirse en tragedia; ser el velo de novia su mortaja y la bendición del sacerdote el sufragio de su espíritu. Podría quedarse muerta en tus brazos. Sería horrible... horrible.

FERN. ¿Y qué ideamos que la convenza? ¿Con qué pretexto se suspende indefinidamente una boda veinticuatro horas antes?

JUAN Decir que estás enfermo.

FERN. Querrá verme, querrá cuidarme. Caerá inmediatamente en el engaño y se figurará que no la quiero, que rehuyo el casamiento. ¡Sabe Dios dónde iría á parar su imaginación soñadora!

JUAN ¿Y marcharte? ¿Pretextar un viaje al extranjero?

FERN. ¿Pero con qué motivo? Ella está en el secreto de todos mis asuntos, de todas mis afecciones. Sabe que yo jamás he tenido ni relaciones ni negocios fuera de España. ¿Qué causa íbamos á idear capaz de suspender la boda? ¡Imposible!

JUAN Tienes razón. Yo me vuelvo loco.

FERN. La verán más médicos. Yo mismo traeré esta noche dos amigos que la observarán con cualquier pretexto. Eso es más facil. No hay que perder la esperanza. Y si fuese cierto, la cuidaremos, lucharemos á brazo partido con la muerte. Todo, todo antes que sucumbir á la idea de perderla.

JUAN ¿La quieres mucho, hijo mío?

FERN. Muchísimo. Con toda mi alma; como usted pueda quererla. Si cien vidas tuviera, las daría gustoso por salvar la suya.

JUAN ¡Oh, gracias, gracias, Fernando! (Abrazándole efusivamente.) Tú eres el consuelo de estos pobres viejos que ya no podían con tanta desgracia.

ESCENA VII

DICHOS y ADELITA

ADEL. (Saliendo.) ¡Bravo, bravo!

JUAN (Disimula, hijo.)

ADEL. Les he sorprendido á ustedes en la escena patética. Ya, ya me lo figuro: es la escena obligada de todos los casamientos. Mi padre te estaría diciendo: «Sé bueno con ella, trátala bien, quiérela mucho, no la des ningún disgusto, mira que en casa no los ha tenido, porque es la hija única, la niña mimada.» Y tú le contestarías, como si lo oyera: «Pierda usted cuidado, don Juan, la querré mucho, la cuidaré mucho, no la dejaré por otra; sobre todo esto.» Sí, sí, es una escena melodramática que se repite la víspera de todas las bodas, sin perjuicio de que

al día siguiente se olviden todas las promesas; pero tú no las olvidarás, Fernando, ¿no es verdad que no las olvidarás?

FERN. Mujer, te lo dices todo.

JUAN ¡Qué muchacha! ni que nos hubiera estado oyendo. ¡Jé, jé! (¡Pero qué crueldades tiene el dolor!)

ADEL. Pues prepárate, que todavía te falta la escena con mamá. Esa sí que va á ser dramática. ¡Como que lleva veinticuatro horas ensayando los llantos y los suspiros! Tendrá exclamaciones conmovedoras. «Hija de mi alma, la alegría de la casa, la flor del barrio.» Y súplicas caballerescas. «Por lo que más quieras en este mundo; por la gloria de tus padres; por tu honor de caballero», y acabará con una apoteosis de llanto. Ni que el matrimonio fuera un duelo á muerte entre la mujer y el marido.

FERN. Tiene razón Adela; yo no sé á qué viene esa preocupación de ver entre los esposos dos enemigos.

ADEL. Porque desde pequeñitas no nos enseñan á las muchachas otra cosa que á que huyamos de los hombres, porque son muy malos, y á los muchachos que desconfíen de las mujeres, porque somos muy perras.

JUAN Pues mira, lo dices en broma y bien puede ser que esta preocupación influya luego en los disgustos matrimoniales.

ADEL. Qué afan de educarnos separados; de levantar entre los dos sexos una muralla de convencionalismos y de pudores ridículos.

FERN. Así se da el triste caso que criticaba Adelita; el de que al hombre, al rey de la creación, como nos llamamos pomposamente, al único animal hecho á semejanza de Dios, tenga la sociedad que exigirle en sus leyes y la Iglesia en su célebre epístola amor y respeto para su compañera, cuando en todos los demás animales, esta protección, este respeto del macho hacia la hembra son innatos.

ADEL. Verdad, verdad. A ver quién ha visto que un gato arañe nunca á una gata.

JUAN — Eso viene á demostrar una cosa que hace tiempo tengo yo entre ceja y ceja.

ADEL. — ¿Cuál?

JUAN — Que los animales son mucho mejores que los hombres.

ADEL. — Bueno; dejarse de filosofías y decidme qué os parezco. (Contoneándose coquetonamente. Pausa.) Si estuviera entre extraños no lo preguntaría; pero como este es mi padre y tú vas á ser mi marido, voy á atreverme. ¿Verdad que estoy muy guapa? (Pausa.) ¡Ay, hijos! qué poco condescendientes sois; ¡qué trabajo os costaba decir que sí!

JUAN — (¡Dios mío, que no sea este traje su mortaja!)

FERN. — Mujer, el que calla otorga; cuando te he hecho el amor señal de que me gustabas.

ADEL. — Y dale, hombre; cuántos rodeos por no decirme claramente que soy guapa; si ya sé que no lo soy, por eso os lo preguntaba á vosotros que debeis mirarme con buenos ojos; pero no me negareis que tengo mucho ángel.

FERN. — (Sería horrible que la muerte adoptase tan alegre disfraz.)

ADEL. — ¿Ves? Ahí tienes otro convencionalismo ridículo que inferna el matrimonio. Parece que en cuanto les echa la bendición el cura, deja de ser un acto de apasionamiento y se convierte en una obligación rutinaria, como la de ir á la oficina. Ya el marido no le dice á la mujer las cosas tan bonitas que la decía cuando eran novios, ni se pasa los días enteros al lado de ella como entonces, ni se la come con los ojos, ni tiene ese afán porque la dé un apretón de manos á hurtadillas; bien es verdad que nosotras somos las culpables, porque en cuanto nos casamos ya no nos arreglamos como de solteras, ni cuidamos, como entonces, de nuestros atractivos. Todo se nos vuelve decir: yo ya pesqué, yo ya pesqué. Y así ocurre que cualquier pelafustana que vale menos que nosotras, que es más fea que nosotras, ¡porque

las hay muy feas! se los llevan, con cuatro pingos y cuatro lazos, de calle, como bobalicones. Pero conmigo se fastidian esas... señoras, porque desde mañana me voy á peinar mejor que nunca y á estar más guapa que nunca para que mi maridito no me deje por ellas. Si es preciso hasta me pinto los ojos y me mando hacer camisas de seda negra.

FERN. Pero qué habladora estás.

ADEL. Y tú, papaíto, ¿no me dices que soy preciosa? ¡Vaya! ¿Pues para qué quiere una entonces la familia?

JUAN Sí, hija mía, sí; éres algo más que preciosa; eres un ser delicado.

ADEL. ¡Un ser delicado! No te agradezco la flor, porque lo dices con segunda; estás rabiando por revelar el secreto á Fernando.

JUAN (¡Eh!)

FERN. (¡Sabrá algo!)

ADEL. Pues te chinchas, porque se lo voy á revelar yo. ¿Sabes por qué me ha dicho eso de «ser delicado?»

JUAN (Me ahogo.)

ADEL. (Á Fernando.) Ríete.

FERN. Pero...

ADEL. Ríete, hombre.

FERN. (Se ha vuelto loca.)

ADEL. Porque ayer me dió un soponcio como á las niñas cursis.

JUAN (¡Desdichada!) Pues... mujer, eso no tiene importancia.

ADEL. Claro que no.

JUAN (No ve venir la muerte; esa es la peor prueba.)

ADEL. Me da una rabia... Dicen que me quedé como muerta. ¿Verdad, papá?

FERN. Como... muerta. (No tengo fuerzas para resistir más. Esto es cruel.) Perdonadme un momento. (Hace mutis derecha desconcertado y lloroso.)

ESCENA VIII

ADELITA y FERNANDO

ADEL. Perdí la noción de la vida, pero mi imaginación parecía asomarse á un mundo nuevo completamente desconocido. ¡Si vieras! ¡Le recuerdo perfectamente! Era un mundo todo lleno de luz y de resplandores; los ríos eran de oro líquido y las montañas de ágatas y ónices y el mar de pedrería; en los campos no había más que flores abiertas y frutos sazonados, pero ¡qué frutos y qué rosas! parecían de talco por lo brillantes; y en las ciudades todo eran palacios, palacios suntuosos, palacios fantásticos con rejas cinceladas, escalinatas de mármol, fachadas de jaspe y puertas y ventanas de maderas preciosas embutidas de marfil y nácar; las fuentes desbordaban en sus tazas de cristal *néctares ambarinos*, como dicen los poetas, y embriagadoras esencias que embalsamaban el aire que traía ecos de misteriosa música..

FERN. Chica, eso es maravilloso. Fuentes de vino y fuentes de perfumes; en ese mundo deben estar los hombres y las mujeres en sus glorias.

ADEL. No se veían ni cementerios, ni hospitales, ni cárceles, ni talleres; nada que significase destrucción, ni penas ni trabajos.

FERN. ¡Magnífico!

ADEL. Iban las mujeres y los hombres envueltos en vaporosas túnicas de ricos tafetanes, coronadas las sienes de pámpanos y flores; y ellas eran todas hermosas y ellos todos arrogantes y caminaban de dos en dos emparejados; todos con los brazos entrelazados é interrumpían sus locas carcajadas con ardientes besos. Una mano misteriosa me empujaba, me empujaba para que penetrase en aquel mundo, pero tú no estabas conmigo, y yo te llamaba, te llamaba y la mano

seguía empujándome y yo sin querer entrar hasta que tú vinieses. ¡Qué mundo más hermoso, Fernando! Pero sin tí, ¡qué triste! Mucho más triste que este con sus penas y sus trabajos y sus miserias.

FERN. (Es la visión de la Gloria tal y como la sueña el amor.)

ADEL. ¡Qué horas de angustia! Creí que me iba á quedar allí sola.

FERN. Vaya, mujer; pues ha sido un soponcio muy pintoresco.

ADEL. Pero muy cursi... ¿verdad?

FERN. ¡Cursi! Esa palabra no reza con el amor.

ADEL. ¿No es verdad que valía la pena de morirse para estar allí juntos?

FERN. ¿Morirse? ¿Sentirías tú morirte?

ADEL. Lo sentiría por tí.

FERN. ¿Y si yo muriese contigo?

ADEL. Anda, tonto. Eso sí que es *cursi;* para que luego dijeran los periódicos «que los entierren juntos». (Se va alegremente á mirar al espejo.)

FERN. (No hay más remedio; hay que advertir á esta criatura de alguna manera; que la vean más médicos; salir de la duda.)

ADEL. Si llego á saber que te pones tan triste, no te lo cuento.

FERN. (Esta zozobra es imposible.)

ADEL. Por algo no quería yo que te lo contasen.

FERN. (¡Y si no es verdad!)

ADEL. ¿Me perdonas? Ya no me darán más patatús.

FERN. (¡Y si lo es!)

ADEL. Ha sido mi despedida de soltera.

FERN. (Yo se lo digo. Valor.) Oye.

ADEL. ¿Qué?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DON JUAN, DOÑA DOLORES, DOÑA ASUNCIÓN, MATILDE y ELENA

MAT. Muy bien, muy bien; los novios hablando solos. ¡Está eso muy bonito!

ADEL. Repararemos nuestra falta, ¿verdad? nos casaremos mañana mismo.

ELEN. (Dirigiéndose al mirador.) (¿Se habrá ya cansado de esperar el pollo?)

ADEL. ¡Pero qué caras más compungidas tienen ustedes! Parece que vienen de entierro. (Pausa breve. De repente da un grito y se echa mano al brazo izquierdo.) ¡Ay!

TODOS ¿Eh?

DOL. ¿Qué tienes, hija mía? (Se acercan todos á ella.)

ADEL. No, nada; un calambre en este brazo. Pero, ¿qué pasa aquí? (Fijándose en todos.) Aquí ocurre algo raro, algo extraño, algo que yo no sé. Vosotros no sois los mismos. Estais tristes, estais inquietos. Sí; si ahora mismo pugnan por salir las lágrimas á vuestros ojos. Parece que me mirais espantados. Siento alrededor mío una oquedad fría, helada, que me separa de vosotros, algo así como el vacío de una tumba, como si estuviese enterrada en vida. ¿Qué pasa aquí? Quiero saberlo; tengo derecho á saberlo. Tú, Fernando, dímelo tú.

FERN. ¡Qué ha de pasar, mujer!

ADEL. ¡Ah! Tú lo sabes y no quieres decírmelo. Padre, padre mío, ¿qué es?

JUAN Nada, hija mía, nada; figuraciones tuyas.

ADEL. Tú también disimulas, tú también lo ocultas. ¡Madre, madre! (Doña Dolores llora.) ¡Ah, tú no puedes, la pena te ahoga! ¿Lo sabe usted, señora? ¿Lo sabéis vosotras? Nadie lo dice. (En este momento se ve en el espejo.) ¡Ah, sí, lo dice mi cara, está pálida, amarilla, mis ojos se hunden, mi piel se crispa, mi cuerpo se desploma! ¡Es la muerte! (Todos van á cogerla.)

DOL. ¡Hija! ¡Adela!

ADEL. (En brazos de Fernando.) Dejadme... Fernando.. me voy... sola...

DOL. ¡Hija!... (Pausa larga hasta que termine la agonía.) ¡Muerta!

JUAN ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

TELON LENTO

JUICIOS DE LA PRENSA

Mejor que de ensayo dramático, pudiera Viérgol haber calificado su obra de ensayo clínico. Todo se reduce á que Loreto Prado se muera de un ataque de angina de pecho. Por si no estábamos bastante afligidos con los melodramas llorones, la patología viene ahora á colmarnos las medidas. Anoche se dió el primer «caso», y rota la marcha, preparémonos á la formación de la estadística demográfico-sanitaria-teatral. Ya le ha caído que hacer á *El Siglo Médico.*

Cuando Adelita va á casarse, en vísperas de boda, se ve amenazada por los primeros síntomas de la terrible enfermedad que ha de llevarla al sepulcro en breve plazo.

La muchacha, despreocupada y alegre, se burla de sus padres y de su novio, contristados por los fatídicos augurios de la ciencia, y á nosotros, que presentimos como aquéllos el próximo fin de Adelita, no nos hacen gracia sus gracias macabras, antes nos producen una sensación de malestar y de ansiedad penosa que tememos por nosotros mismos, como si fuésemos á ser víctimas de un contagio inminente.

Tememos también por Loreto que, llegado el momento, con tal esfuerzo y verdad simula la sofocación y el ahogo de la muerte que, autosugestionada, trueca en realidad la ficción y respira difícilmente entre espasmos, presa de una verdadera congoja.

Buen susto nos llevamos. Loreto, á Dios gracias, logró dominarse y todos rompimos en efusivas aclamaciones, tranquilizados y satisfechos de los prodigios de su arte y de que la cosa no hubiera pasado á mayores.

Pero, amigo Viérgol, usted que tiene tanto talento como buen gusto, usted que es autor—lo que está demostrado, véase «Caza de almas»—¿cree usted que es bello, que es artístico, que es dramático, hilvanar unas cuantas escenas con el solo y exclusivo objeto de que asistamos á una desgracia de familia?

No, mi querido colega y amigo, no; sobre una angina, así sea de pecho, no se puede edificar un drama, todo lo doloroso no es dramático, ni una muerte repentina es una catástrofe.

Y luego, ¿para qué poner á Loreto en semejante trance?

Ya tiene bastante ella, que es toda jovialidad, donaire, picardía, gracia, espíritu, garbo y salero, ya tiene bastante con las *melotramas* sempiternas que, con ser tantas, no han logrado desnaturalizarla, tan fuerte, tan incontrastable es su temperamento artístico.

Yo, que le quiero á usted bien, y usted lo sabe, Viergolín simpático, por los manes de Esculapio le conjuro á que se arrepienta y no insista en meternos la patología en el teatro por horas.

Sólo nos faltaba que se convirtiese el género chico en género morbo.

¡Antes Bombay!—José de Laserna.

(El Imparcial)

***

Tantas veces hemos tenido ocasión los que informamos al público de lo que ocurre en los teatros, de encomiar los subidos méritos de Loreto Prado, y tantas hubimos de dar cuenta de las ovaciones con que la ha recompensado el público, que ya creíamos que la eminente artista, y no hay que rebajar el calificativo, no podía dar motivo á mayores elogios.

Estábamos equivocados: en el estreno de anoche, en la obra de Antonio Viérgol, *A las puertas de la dicha*, llegó Loreto á una altura de la que no ha rebasado ninguna de las primeras y más notables artistas españolas.

Recientemente estimuló la crítica á los autores para que ofreciesen á la genial actriz algo que se saliese de los moldes en que vaciaban las producciones que escribían para ella. Loreto había demostrado cumplidamente poseer excelentes condiciones para un trabajo superior á las chulas, traperas y demás personajes de esta estofa.

Proclamada por todos su clara inteligencia, su amor al arte y al estudio; evidenciadas en más de una ocasión sus aptitudes para el género *fino* y para la labor escénica, se excitaba á los autores á que diesen á Loreto obras en que pudiese demostrar por completo todo su talento y su arte, que no se encierra en la interpretación de tipos populares y obras puramente cómicas, sino que puede aspirar á más altos empeños.

Y Antonio Viérgol, atendiendo esos consejos y saliéndose en buen hora del camino trillado por los proveedores del Moderno, ha escrito *A las puertas de la dicha*, que pertenece á un género nuevo en aquél teatro.

Su asunto se reduce á lo siguiente: una joven, cuya boda está ya dispuesta, sufre la antevíspera un síncope que revela al médico la existencia de una angina de pecho. Compréndе-

se la angustia de la familia, así como la del novio, cuando tiene noticia de lo que ocurre. A la tarde siguiente, y cuando la joven, vestida con el traje de boda, que acaba de traer la modista, está contenta y satisfecha, entre su familia y novio, se reproduce el ataque y muere.

Este papél es el que anoche representó Loreto Prado con un arte, con una maestría, con una propiedad tales, que no hay palabras con qué encomiar la artística labor de la inteligente actriz. Su trabajo llegó á tal extremo, que, sin exageración alguna, debe decirse que nadie puede superarlo.

¡Qué expresión tan real, qué inteligencia tan poderosa, qué arte tan exquisito!

Anoche un público numerosísimo (que ocupaba todas las localidades), el público de los grandes estrenos proclamó á Loreto Prado excelente artista dramática, como hasta ahora la venía considerando primera actriz cómica. Es imposible *morir* con más propiedad; es imposible dominar y emocionar al público en la situación dramática, mejor que dramática trágica, de una manera más completa, más absoluta que anoche lo hizo la intérprete de la obra de Viérgol.

La ovación tributada entre explosiones de legítimo entusiasmo á Loreto, llegó á un límite extraordinario. La aplaudida actriz, rendida por el esfuerzo de sus facultades y profundamente emocionada por la actitud del público, que la aclamaba, se sintió indispuesta y sólo las lágrimas pudieron reparar el momentáneo quebranto. Conmovida y sollozante, pudo acercarse hacia la boca del escenario á recibir y agradecer la ovación, que duró bastante tiempo. El triunfo de anoche hará época en la vida de la notable artista.

La obra está bien construída, y merece aplausos el amigo Viérgol, tanto como por el mérito de su producción, cuanto por haber ofrecido á Loreto una obra de esa índole en que ha podido lucir la actriz sus excepcionales facultades.

La ejecución por parte de los demás sólo aceptable, excepción hecha de Chicote, que hizo un papel serio con mucha corrección y acierto.—A. J. Pereira.

(El Nacional)

***

Con el título de *A las puertas de la dicha* se estrenó anoche en el teatro Moderno un ensayo dramático, original de Antonio M. Viérgol.

En pocas palabras puede contarse el argumento.

Una muchacha (Loreto Prado) va á casarse; pero en vísperas de la boda siente los síntomas de una enfermedad del corazón (angina del pecho). La joven no ha dado importancia al síncope y habla de él en broma, causando, como es

consiguiente, el espanto de su familia y de su novio, que están en el secreto.

Sigue su rápido curso la enfermedad, y Adela, que es el nombre que anoche tenía Loreto Prado, muere á la vista del público, víctima del terrible mal.

La sin par Loreto hizo su papel á las mil maravillas: en la escena de la muerte, sus congojas fingidas se convirtieron en un verdadero desmayo, que, por fortuna, pasó pronto.

Muy bien estuvo la admirable artista, y mucho la aplaudió el público; pero yo prefiero verla derrochando, como ella sabe, la gracia que Dios la ha dado, que poniéndonos el corazón en un puño, al fingir con toda propiedad las bascas de la agonía.

La obrita gustó, aunque, á decir verdad, está en pugna con lo que el público va á buscar en el teatro Moderno.—Z.

(La Epoca)

***

Mi compañero Antonio Viérgol, enamorado del talento artístico de Loreto Prado, y entendiendo que para él no existe obstáculo que le amilane ni dificultad que le cohiba, quiso probar en un episodio sombríamente conmovedor que la gran actriz, que hasta la fecha no ha encontrado rival en la vena cómica, podía competir dignamente en el género dramático con las mejores actrices de España. El triunfo de Loreto Prado en esta difícil y penosa prueba fué grande, extraordinario, unánime, absoluto.

Y digo penosa prueba, porque la notable actriz se posesionó de tal manera del infeliz personaje que representaba, hizo un tan gran esfuerzo para simular la muerte por angina de pecho—previamente estudiada ante distinguidos médicos—que su delicado temperamento sufrió una fuerte sacudida, de la cual provino un ligero desvanecimiento al final de la representación.

Aunque supongo que la cuerda trágica no ha de tener ferviente cultivadara en Loreto Prado, y no por falta de medios y de capacidad, pues anoche se demostró lo contrario, sino porque en lo cómico trabaja con mayor gusto y más crecido entusiasmo, y no tiene hoy competidora de su altura, hay que reconocer que si hiciera falta podría figurar Loreto al frente de una compañía dramática, en cuyo repertorio sólo se contasen obras terriblemente emocionantes y fuese ella la «gran estrella» del conjunto.

Su triunfo de anoche, grande é indiscutible, lo atestigua con sobrada elocuencia.

A las puertas de la dicha es un drama patológico muy bien

desarrollado; en él la figura principal lo es todo, «un caso» que dirían en la clínica.

Los actores cumplieron con sobriedad y discreción, particularmente Enrique Chicote, que caracterizó de un modo admirable el mayor *embolado* que he visto nunca en el teatro. Notabilísima la señorita Franco. Compuso el tipo con tal maestría que los que la admiran y aplauden no la reconocían bajo su tocado de *mamá*.

Todos merecen un aplauso, y la gran Loreto una calurosa felicitación, porque su labor en *A las puertas de la dicha* no podrá ser superada por nadie.

Viérgol y Loreto—apenas se repuso de su indisposición—tuvieron que salir al palco escénico ocho ó diez veces.

Mi enhorabuena á la ilustre artista y al querido compañero.—L.

(El Liberal.)

***

Los actores del Teatro Moderno no sienten lo trágico, y el Sr. Viérgol ha hecho mal llevándoles la obra que anoche vimos estrenar, y que sólo estrenada en condiciones muy distintas podía lograr el éxito ambicionado, ya que ella en sí no tiene todos los elementos necesarios para conseguirle.

El Sr. Viérgol, que en *Caza de almas* acertó con la verdadera proporción entre los elementos cómicos y los dramáticos y por usar éstos sobriamente triunfó en toda la línea, no ha sabido hacer otro tanto en esta nueva obra, y, sobre todo, en la escena final de ella, perfectamente trágica, puesto que pesa sobre los personajes una inexorable fatalidad, ha destruído el efecto diluyendo en palabras, inoportunas casi todas, y más inexpresivas aún que inoportunas, lo que siendo puramente acción sin más palabras que las indispensables, hubiera tenido extraordinaria intensidad.

Casi todo lo que Loreto Prado habla antes de mirarse en el espejo, sobra, y sólo sirve para hacer absurda la actitud de las otras seis figuras que están en escena, y que aparecen impasibles durante todo aquel larguísimo monólogo, como si no tuvieran motivo para temer la catástrofe que se aproxima. Comenzando el desenlace en el momento en que la muchacha, viéndose reproducida en el espejo, ve á la muerte, la escena y la obra entera hubiera llegado más violentamentamente á los espectadores, y por eso mismo les hubiese emocionado más.

Ese defecto, el capital de la obra, tiene fácil arreglo, y los demás ni siquiera merecen ser mencionados, porque si quizás no hacían falta las reflexiones filosóficas que hacen el padre y el novio en la escena con la muchacha, tampoco son completamente inoportunas, ya que el dolor que ambos sufren es

de los que hacen pensar hondo. Las demás escenas están bien, y las dos primeras demuestran que el Sr. Viérgol iría mejor por el camino cómico que por el elegido para hacer *A las puertas de la dicha.*

La interpretación no me gustó. Loreto Prado, en las primeras escenas, me pareció, por sus modales, demasiado hombruna, ó por lo menos, demasiado desenfadada; una ingenua, por alegre que sea, no es un marimacho ni una corre calles. y Loreto, ayer, parecía eso cuando se movía, y, sobre todo, cuando sentada ponía una pierna sobre otra con ademán absolutamente impropio de una señorita bien educada.

En la escena final, Loreto se hizo aplaudir mucho; pero sin motivo bastante: la lamentable estructura de aquella escena hace imposible una buena interpretación de ella: la angina de pecho es incompatible con aquella serie inacabable de exclamaciones, y á eso se debió, sin duda, que Loreto, por llegar fatigada al momento supremo, no acertara á dar á éste toda la intensidad trágica que pedía. Loreto, no obstante, sufrió, al terminar la obra, un desvanecimiento, producido, sin duda, por el exceso de tensión nerviosa, y eso prueba que no debe de acometer empresas de ese género, ni aun contando previamente con el aplauso.

De los demás intérpretes no quiero hablar; todos, sin excepción alguna, estuvieron mal, y en la escena última, sobre todo, demostraron lo que al principio digo: que no sienten lo dramático; por esa razón, y por algunas más, Chicote, que debe conocer á sus actores, debió también contestar á Viérgol cuando le llevó la obra: *non est hic locus;* lo que, traducido libremente, quiere decir: que esta obra no cabe en este marco, y que no es cosa de que nos pongamos todos en ridículo.—ALEJANDRO MIQUIS.

(*El Diario Universal.*)

***

No fué floja la sorpresa que nos dió anoche Antoñito Viérgol con su nueva obra dramática titulada *A las puertas de la dicha.*

Fuimos todos al teatro Moderno con ganas de reir y salimos con el corazón metido en un puño. El aplaudido y simpático autor de *La matadora* por poco se convierte en nuestro «matador» al administrarnos una dosis concentrada de la célebre *Culebra en el pecho* (¡lagarto! ¡lagarto!) que dió fama al gran actor Fernando Osorio.

A las puertas de la dicha es un episodio dramático conmovedor y espeluznante cuyo argumento se reduce á poner en acción la frase tan conocida que consiste en «recortar una mortaja del velo del desposorio».

Una joven condenada á morir por decreto inapelable de la fatalidad refrendado por la ciencia, aparece ataviada con el traje nupcial (para que el doloroso contraste sea mayor), y con una sola escena escrita maravillosamente por el literato que ha sabido conquistar un puesto tan brillante en el teatro y en el periodismo, y representada por Loreto Prado con todos los detalles de la realidad y de la perfección artística, pone los pelos de punta al auditorio cayendo herida de muerte y produciendo un éxito teatral que se reparten por mitades el afortunado autor dramático y la inspirada artista que lleva el peso de la obra.

Con esto quedaría cumplido el deber del cronista, si no resultase injusto hacer caso omiso de las restantes escenas del drama en las que intervienen varios personajes, cuyos caracteres han sido trazados con el *savoir faire* que caracteriza al autor de *Caza de almas* Las mencionadas escenas sirven de preparación al efecto final, y á pesar de lo terrorífico de éste, relampaguean, de cuando en cuando, el ingenio y la *vis cómica* que distingue al *Sastre del Campillo.*

Loreto Prado estuvo colosal, y si no hubiera demostrado en ocasiones distintas que posee en alto grado la nota dramática, su labor artística de ayer la colocaría en un puesto *muy elevado* entre las actrices del «género grande». La posesión del papel que representaba fué tan perfecta que, al caer el telón, nos dió el gran susto, pues creímos ver á la ficción y á la realidad enlazadas con estrechez peligrosa

El señor Chicote se sacrificó al encargarse de un papel ingrato y lleno de dificultades que el inteligente actor venció con su maestría acostumbrada. Los artistas encargados de los restantes papeles cumplieron su cometido y la *mise en scene* correspondió á las pragmáticas que rigen actualmente en el teatro Moderno.

Loreto Prado y Viérgol tuvieron que presentarse en escena diez ó doce veces para recibir los aplausos del público.—MISS-TEBIOSA.

(La Correspondencia Militar.)

***

De ensayo dramático ha calificado la obra en un acto estrenada anoche con el título de *A las puertas de la dicha,* su autor, el redactor de *El Liberal* D. Antonio Viérgol (*El sastre del Campillo.*)

Quiero suponer, y por tanto supongo, que este distinguido escritor y autor dramático aplaudido, se ha visto obligado por requerimientos amistosos é ineludibles de la simpática y notable artista cómica Loreto Prado, á escribir un apropósito en que esta actriz pudiese demostrar que era capaz de fingir la muerte con toda verdad.

Y en este supuesto, y para este fin, hay que convenir en que Viérgol ha cumplido el encargo muy á conciencia. Y hasta cabe decir que se ha excedido: ya que de un trabajo como el que tenía que hacer ha buscado y hallado ocasión de lucir también la gracia de su festiva pluma, á pesar del patético asunto que se proponía desarrollar: cual es la enfermedad y muerte de una joven adorada de sus padres y de su prometido, con el cual va á casarse en aquellos días.

La nueva producción del Sr. Viérgol fué muy aplaudida; pero si la forma á un tiempo ingeniosa y profunda de su trabajo agradó, no así el tema principal de que trataba, aunque ya he dicho que tengo por cierto que su elección no es al autor imputable.

El efecto que la representación de la obra causó en el ánimo del público fué penoso; opuesto, por consiguiente, al espiritual deleite que, aun siendo la obra dramática, triste y hasta trágica, debe como obra de arte producir.

De otra suerte se peca, por lo menos, de mal gusto. Que es de lo que adolecen muchas obras, por otra parte ó en otros conceptos estimables y aplaudidas.

Loreto Prado demostró lo que sin duda se había propuesto.

Fingió admirablemente el acto de la muerte, pero no así los signos exteriores que la preceden en la angina de pecho, que es la enfermedad que suponía padecer.

Para fingir bien esos síntomas precursores é inmediatos es preciso haberlos estudiado *viéndolos*.

Y para una excelente actriz cómica como Loreto Prado, no hace falta en verdad semejante estudio.

Es de desear que no se aventure á más pruebas de esa naturaleza y que se contraiga á su verdadero terreno, en donde difícilmente hallará rival.

Tanto mejor será que siga este consejo, por cuanto los actores que la rodean no saben ni tienen por qué haber aprendido nada para semejantes empeños, tan ajenos y distantes del género que cultivan.—Arturo Perera.

(*El Correo.*)



La nueva obra del original é ingeniosísimo periodista Antonio María Viérgol es un hermoso «ensayo dramático», como modestamente lo califica su autor. Desde las primeras escenas inicióse el extraordinario éxito que en conjunto obtuvo, y *El Sastre del Campillo* fué unanimemente aplaudido por esta nueva demostración de su talento y de sus excepcionales condiciones para el cultivo de la literatura dramática, en la que está conquistando tan envidiables triunfos como los que obtuvo y sigue obteniendo en el periodismo.

Loreto Prado contribuyó no poco al gran éxito de la obra. Con actriz tan notable no es de extrañar que Viérgol llegara *A las puertas de la dicha*. (Y valga el chiste.)

(*España.*)

*
* *

A las puertas de la dicha es un ensayo dramático de Antonio Viérgol, que se estrenó anoche en el Treatro Moderno.

Viérgol no ha tenido pretensiones de hacer ningún drama hondo, trauscendental, y por esto hay que considerar la obra como lo que es, como su autor la califica.

Y como ensayo dramático, *A las puertas de la dicha* es un boceto bien escrito, que obtuvo el éxito que merecía; y si Viérgol aligerase un poquito la primera mitad de la obra, resultaría mejor aún.

Loreto Prado alcanzó un nuevo triunfo que poder añadir á los muchos que legítimamente ha conquistado. Supo hermanar con maestria de artista el dolor y la alegría, y al final puso todo su corazón y todas sus energías al imitar la muerte que sorprende á aquella niña en medio de la alegría, cuando está en vísperas de casarse con el hombre á quien ella quiere, el que en ella, á su vez, cif a todas sus ilusiones.

Tanta fué la verdad que Loreto quiso dar á su papel, y tanta la tensión en que puso sus nervios y la fuerza que imprimió á su voluntad, que sufrió un ligero desvanecimiento al levantarse el telón para sacar á escena á Antonio Viérgol.

(*La Correspondencia de España.*)

***

Fué un momento de angustia para el público, y la alarma muy natural y explicable, por el cariño que todos, en mil ocasiones, demostramos á la celebradísima Loreto Prado.

Pero no adelantemos los acontecimientos. ¡Valor se necesita! Podemos proclamar como prócer entre los valientes al querido amigo Antonio Viérgol. Sus arrestos, la tranquilidad, el dominio de los nervios, el ánimo esforzado... ¡para sí los quisiera Don Tancredo, universalmente reconocido como rey del valor!

Con la popularísima actriz nadie fué osado á ponerla literariamente en trances de agonía y mortales de necesidad. Fué Viérgol y osó, ocurriendo lo que tenía que ocurrir.

Para los que siempre hemos visto y aplaudido con extraordinario regocijo á Loreto en graciosísimas creaciones cómicas, burlescas, encarnando divertidos caracteres populares y

tal ó cual personaje generosamente sensible, filantrópico y altruista, la impresión producida por la muerte de la actriz fué dolorosa, enorme.

—

Como asunto, *A las puertas de la dicha* no revela propósitos de obra maestra ni expone conflictos artísticamente planeados. Sobriamente va, sin episodios ni accidentes teatrales, al desenlace, sin duda, soñado por Viérgol para que hiciese los efectos de un trallazo, y... Viérgol acertó.

Varios personajes entretienen con diálogo chispeante y admirablemente hablados, precediendo á Loreto en su única salida, para morir en escena ante la vista del público, que sufrió emoción profunda.

Como novedad, es innegable que matar á Loreto resulta una verdadera *trouvaille*, y que los moldes de las obras escritas para nutrir generalmente el repertorio de la genial actriz han quedado hechos añicos y pulverizados.

Pero es obra nueva solamente por el hecho de llevar al Moderno un caso clínico, llegando al desenlace fatal sin ambajes ni rodeos, ni como consecuencia del desarrollo de la obra.

Quiso indudablemente demostrar el autor que la graciosísima y regocijada Loreto sabía morir como los grandes trágicos, y Loreto murió, produciendo igual congoja al público que produjeron muriendo los Rossi y Salvini y la emoción sentida por cuantos han contemplado las agonías escénicas de las Sarah y Dusse cuando mueren en clase de damas de las camelias ó de otras muertes menos plácidas y románticas.

—

La representación seguía su curso tranquilo, sin grandes emociones para el público ni el autor.

Muy bien, admirablemente bien, en su papel de carácter la señorita Franco, y con buena fortuna Chicote y la señora Castellanos.

Salió Loreto, y después de una escena soberbia y graciosamente dicha, falleció, produciendo verdadero espanto en el público.

Comenzaron los aplausos, que aseguraban un éxito lisonjero al autor, y alzóse el telón la primera vez.

Loreto, por la escena de la muerte y los gritos de angustia y dolor, estaba aún poseída del papel, fuera de sí, y el público juzgó que realmente estaba enferma Con la emoción comenzaron los aplausos en creciente tronada, y la ovación fué indescriptible y las llamadas innumerables.

—¡Nos la quieren matar!—gritaron algunos admiradores enfurecidos.

—¡Eso es cruelísimo!—exclamaban las admiradoras.

Y declaro que la impresión del público me hizo temer, no por la vida de Loreto, sino por la de Viérgol.

—

Corrían los espectadores por los pasillos, dirigiéndose muchos al escenario para tener noticias de la indisposición de Loreto.

En tanto, yo, entre profundas meditaciones, esperaba en el vestíbulo la aparición de algún parte facultativo, aunque con algunas reservas respecto de la inquietud que debiera inspirar el estado de Loreto, y que fué general en todos los ciudadanos que asistieron á la representación.

Decíame yo, monologando: ¿Será cierto?. . ¿Será el arte?... ¿Será un profundo conocimiento del público?...

Sacóme de dudas la voz de uno que había visto á Loreto.

—¡Está fresca como una lechuga!—gritaba—. Y contentísima, porque dice que ya sabe morirse en escena.

¡Entonces de mi asombro!... Fué un *truc* de gran artista para convertir el éxito de *A las puertas de la dicha* en un exitazo colosal.

¡Qué gran artista!... ¿Y habrá quien escuche silbidos al encargarse de una obra Loreto?—SAINT-AUBIN.

(*Heraldo de Madrid.*)

*
* *

Para demostrar una vez más la extraordinaria flexibilidad del talento artístico de Loreto Prado, escribió Viérgol un «ensayo dramático» titulado *A las puertas de la dicha*, que anoche se estrenó y con el cual quedó demostrado lo que se proponía el autor—cosa que creo no ponía nadie en duda.

En efecto, Loreto en un tipo bastante bien dibujado por Viergol, hace una ingenua encantadora en la víspera de su boda y en ella exclusivamente se concentra la atención del espectador, con tanto más motivo, cuanto que de un momento á otro se está esperando el instante trágico en que una angina de pecho corte la felicidad cuando se halla á las puertas de la dicha.

Y en efecto, llega el temido desenlace en el que el genio de Loreto llega á los últimos límites de la realidad trágica

El espectador pierde la noción de la realidad, se olvida de que asiste á una ficción, y cuando el telón vuelve á ponerle en situación, rompe en un aplauso estrepitoso y aclama á Loreto Prado con entusiasmo delirante.

De esta ovación participa también el Sr. Viérgol, que sale á escena, teniendo que acudir en auxilio de Loreto Prado,

quien se ha metido en el tipo, en la situación, de tal manera, que se ha puesto repentina y pasajeramente enferma.

Las ovaciones se repiten varias veces, participando de ellas Loreto y Viérgol.

Los demás intérpretes, como no tienen papeles de importancia, limitáronse á estar dentro de un discreción estimable.

Creo sinceramente que no habrá persona aficionada al teatro que deje de ver *A las puertas de la dicha,* si Loreto logra sobreponerse á la emoción.—S. O.

(*El País.*)

Obras del mismo autor

Caza de almas.—Comedia en un acto y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara. (2.ª edición.)

Ramitos de flores.—Entremés en prosa, muy adecuado para beneficios de damas jóvenes, estrenado con gran éxito por la genial Loreto Prado en el Teatro Cómico.

La matadora.—Comedia en dos actos y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara.

La visión de Fray Martín.—Zarzuela en un acto y cinco cuadros, en prosa, música del maestro Giménez, estrenada en el Teatro Lírico.

El nene.—Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el Teatro Lara.

A las puertas de la dicha.—Ensayo dramático en un acto y en prosa, escrito expresamente para Loreto Prado, estrenado en el Teatro Moderno.

Miss Full.—Humorada cómico-lírico-bailable en medio acto y en prosa, dividido en dos cuadros, estrenada en el Teatro Moderno.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta